

UN CRIMEN DE LESA HUMANIDAD

Dra. Magdalena Molina Vélez

Correspondencia

Magdalena Molina Vélez

Correo electrónico:

magmovel@hotmail.com

Dirección: Juan Jaramillo y

Vega Muñoz

Cuenca-Ecuador

Código postal: EC010156

Teléfono: (593) 999745255

Membrete Bibliográfico

Molina M. Rev Med Ateneo.

2016;18(2):73-76

Artículo original acceso abierto

2016 Molina M. Licencia Rev Med Ateneo

En Cuenca, la tercera ciudad del Ecuador, Atenas del Ecuador, Patrimonio Cultural de la Humanidad, Ciudad Universitaria, Ciudad de los Cuatro Ríos, entrañablemente amada por sus hijos, en el hogar formado por el Señor Virgilio Merchán Cobos, distinguido caballero que laboraba en la Tesorería de la Universidad de Cuenca, colaborador en la Sección Administrativa de Diario el Mercurio en esta misma ciudad así como, empleado en la Dirección de Obras Públicas del Consejo Provincial de Cuenca, y por su esposa la Sra. Filomena Aguilar Palacios, nació en el año de 1931, su primogénito Jorge, que tuvo dos hermanos. Su educación primaria la realizó en la escuela de los Hermanos Cristianos, la secundaria, sus tres primeros años en el Colegio Rafael Borja posteriormente en el Colegio Benigno Malo, distinguiéndose siempre por su competencia y disciplina.

Desde su época de colegial tuvo inclinación de ser médico, se graduó de bachiller en 1949. Sobresaliente alumno en la escuela de medicina de Cuenca, siendo por el lapso de cinco años bibliotecario de la Facultad de Ciencias Médicas, cargo que lo desempeñó con gran responsabilidad y amabilidad. Gratos momentos me significaba acudir a solicitar algún libro para consulta, lo hacía con la prontitud y buena voluntad que fueron sus normas de conducta.

Su tesis doctoral fue sobre Cáncer Uterino. El 6 de junio de 1958 obtuvo su título doctoral. Luego de graduado fue a ejercer su profesión en Jipijapa durante 18 meses. En junio de 1956 contrajo matrimonio con Josefina Ortiz Oquendo, habiendo tenido cuatro hijos.

En el año de 1960 en la provincia del Azuay se estableció el Servicio de Medicina Rural Social de la Misión Andina con el auspicio de organizaciones internacionales como Unicef, Organización Mundial de la Salud y otras Organizaciones Internacionales de Trabajo, promoviendo programas de salud y educacionales en las comunidades indígenas.

En el país laboraban en la sierra central, en las provincias de Chimborazo y Cañar, con gran eficacia y aceptación. Cada equipo estaba conformado por el médico, enfermera, trabajadora social y un chofer encargado del traslado a

las distintas comunidades rurales, constituía una ardua y sacrificada labor, fue un verdadero apostolado, no solamente prodigaban atención médica, enseñaban normas para elevar su nivel de vida, en todos los aspectos, poniendo especial énfasis en la medicina preventiva, los instruían dándoles consejos que aparentemente no tenían mayor importancia como aquel de no tener sus fogones al ras del piso, donde los niños se acercaban y ocurrían accidentes, producidos por el fuego en muchas ocasiones de gran magnitud.

El trabajo lo realizaban con un calendario previamente establecido. Se aprestaban a dar atención en San Cristóbal, (parroquia del cantón Paute) cerca de la autopista Cuenca-Azogues, en la parte nororiental de la Provincia del Azuay. Por expresa invitación del profesor de la escuelita del lugar Señor Humberto Ochoa Morales, llegaron en el vehículo de la Misión, con el chofer Miguel Barrera, luego de 24 kilómetros de recorrido desde el centro de la ciudad de Cuenca, el mentado profesor iba a presentarlos al párroco de la localidad un anciano sacerdote de nombre Miguel Guaricela.

Fue un fatídico martes 2 de Octubre de 1962 que el destino los condujo al sitio del sacrificio, a más de mi amigo personal con quien me unió una entrañable amistad Dr. Jorge Merchán Aguilar, la enfermera Elba Bodero y el Trabajador Social Señor Patricio Vinueza.

Inusitadamente en la plaza central del villorrio se escucharon silbidos, rechiflas de hombres, mujeres y hasta niños curiosos que incitaban a esta especial, inusitada y terrorífica reunión, circundaba el lugar un horizonte de ebrios que con el ruido ensordecedor de pitos, quipas, bocinas, su indumentaria, como ponchos multicolores, dónde predominaba el rojo y el negro, algunos exhibían zamarros, azuzaban a la gente para que entre en acción la tarea de una vez por todas terminar con los "comunistas" que vienen a pervertirlos. Se acercaron temerosamente a refugiarse en la casa parroquial y en la iglesia equivocadamente, confiados en recibir ayuda, pretendiendo esconderse en la sacristía.

La desaforada y perversa turba a empellones los condujo al escenario del satánico crimen. Jorge y su equipo no sabían de qué se trataba, corría despavorido con dirección al carretero, Vinueza tomó otro sendero, pensaron apaciguar a la multitud criminal de indígenas ebrios, enardecidos por el odio, con avidez de ver correr sangre. Al Dr. Merchán en demoníaca acción lo arrojaron al precipicio, en un profundo abismo creyendo que así moriría. Con supremo esfuerzo arrastrándose entre la inhóspita y enmarañada quebrada, con la esperanza de zafarse de la muerte, logró incorporarse hasta cuando el capataz Martín Gómez envalentonado en su embriaguez y maléfica saña azuzaba a la multitud que de una vez lo maten al comunista. Balbuciente imploraba a los malhechores que no le quiten la vida que tenía una niña enferma, efectivamente tenía una niña con luxación congénita de cadera.

Luis Pérez lo asestó un certero garrotazo en cuyo extremo había acondicionado clavos puntiagudos con erizadas púas con el que hirió inmisericordemente al honesto médico que con suprema fe, se aferraba a la vida. Este extraordinario profesional, fue muy creyente, nos narraba que en el mes de Mayo, como fiel devoto de la Virgen María, acudía al rosario de la Aurora.

La turba enfurecida no se apiadó de sus súplicas y lo atacaba cada vez con más salvaje furia. Los principales victimarios fueron David Guapisaca, Georgeano Quito, y sus respectivos hijos, entre otros.

Desfigurado, profusamente ensangrentado, mojado porque la víspera había llovido

copiosamente en el sector, entre risotadas y bromas impúdicas, echaron sobre su cuerpo la pira de calcha (tallos de las plantas de maíz) para incinerarlo.

El Trabajador Social, que fue un gran deportista logró huir de sus agresores, pero como había grupos estratégicamente ubicados en el escenario del crimen, lograron alcanzarlo, cumplieron a patadas y garrotazos su objetivo, de quitarle la vida.

La enfermera Srta. Elba Boderó se lanzó del segundo piso de la casa parroquial y se fracturó las muñecas. La atacaron igualmente a piedras y palos, la insultaban con palabras y gestos obscenos y la abandonaron creyéndola muerta, reaccionó y fue auxiliada por unos señores de apellido Cordero que, por difíciles senderos la acompañaron hasta dejarla a buen recaudo. La mentada enfermera quedó con un trauma psicológico que ameritó de prolongado tratamiento profesional. A los dos años de su inesperada y trágica experiencia ya recuperada, aunque no podía olvidar este doloroso suceso se casó, nació su primogénito y su destino marcado por la adversidad, falleció en el parto.

El chofer no pudo llegar al fatídico lugar del crimen porque las pésimas condiciones de la entrada no lo permitían, se quedó cuidando el vehículo, cuando empezaron atacarlo, en forma milagrosa logró convencerlos que regresaba a Cuenca para trasladarlo al Arzobispo que podía testificar que no eran comunistas.

Al maestro Ochoa lo hirieron de gravedad, sacándole de una choza en la que había logrado refugiarse. Lo latigearon inmisericordemente; pero lo dejaron con vida. Un padre de familia de uno de los alumnos de la escuela se compadeció y lo rescató de la muerte.

Unas horas después se hizo presente la policía y varios miembros de la Misión Andina quienes encontraron desolada la población, las casas estaban abandonadas pero en las alturas cercanas se veía gran cantidad de indígenas que continuaban embriagados y vociferando contra la Misión Andina, los comunistas y protestantes.

Coincidentalmente, ese día llegaron al lugar los empleados del Centro de Reconvención Económica del Austro, asombrados y conmovidos del macabro hallazgo de los cadáveres. El Dr. Merchán fue encontrado en Llacashun y no muy lejos Vinuesa tendido en un reguero de sangre, con la cabeza deformada y múltiples traumatismos en todo el cuerpo, recostado sobre un montón de piedras, listo para incinerarlo también.

La enfermera y el profesor fueron alojados en la Clínica del Seguro Social tras ser recogidos en las inmediaciones de Tahuay y El Descanso.

Después se supo que la vil y salvaje acción había sido preparada con una semana de anticipación al calor de la chicha y el trago. Todos los detalles del horrendo crimen fueron minuciosamente preparados al calor de sus maléficas reuniones.

Las fuerzas vivas de Cuenca se enardecieron y pedían justicia y castigo ejemplarizador para tan inusitado crimen, al que se lo calificó como un horrendo acontecimiento, cometido por el ignorante fanatismo con tintes de polémica política-religiosa.

Se gritaban por doquier consignas anticomunistas El Párroco Guaricela fue sacado del lugar. Luego del proceso judicial fue condenado a arresto domiciliario, puesto que por su edad no podían recluirlo en la cárcel.

El Dr. Leonardo Galarza Astudillo reemplazó como Médico de la Misión Andina al Sr. Dr. Merchán en la escuela de una de las comunidades más grandes donde trabajaba el equipo, en Caguanapamba, Provincia del Cañar, consiguió que se nomine la escuela del lugar como"

Jorge Merchán Aguilar". El odio y el fanatismo perduraba, en el año 1965 un grupo de indígenas embriagados, rompieron el rótulo con el nombre en medio de las borrachera y el griterío acostumbrado.

A este héroe de la Medicina ecuatoriana que sacrificó su vida por la salud y el bienestar de las comunidades en donde trabajó no se ha hecho justicia, habiendo sido un vívido ejemplo de abnegación y amor en su sacrificada profesión.

CONTRIBUCIÓN DEL AUTOR

Magdalena Molina, contribuyó con la idea de la presentación del trabajo, redacción, intervino en la recolección de datos.

El autor leyó y aprobó la versión final del manuscrito.

INFORMACIÓN DEL AUTOR

Molina M. Médica Pediatra. Ex Presidenta de la Sociedad de Pediatría y de la Sociedad de Historia de Medicina Núcleo del Azuay.

CONSENTIMIENTO INFORMADO

El autor cuenta con el consentimiento informado.

CONFLICTO DE INTERESES

El autor no reporta conflicto de intereses

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Molina M, Un crimen de lesa humanidad. Rev Médica Ateneo 2016; 18 (2): 73-76

BIBLIOGRAFÍA

1. Magdalena Molina Vélez. Documentación propia del autor